

PA. Fol. 005.201

LA INQUISICION.

229

DRAMA ORIGINAL

EN CUATRO ACTOS.

VALENCIA:

IMPRESA DE DOMINGO Y MOMPIÉ.

1840.

PERSONAS.

D. Antonio , anciano y padre de
Matilde , esposa prometida de

D. Carlos.

D. Miguel, secretario de la Inquisicion.

El Inquisidor.

El Gobernador.

Cuatro ministros de la Inquisicion , dos
de ellos no hablan.

Soldados y pueblo.

ACTO PRIMERO.

La escena representa una sala con algunas sillas y un bastidor al que aparece sentada Matilde, y levantándose dice.

Matilde. ¡Cuánto tarda Cárlos! ¡Cómo el pecho mio reclama salir de esta incertidumbre! Ah! si nuestras esperanzas quedasen desvanecidas.....
¡Si el amor que nuestras almas une con tan dulces lazos, á mi padre disgustara, y mi mano le negase!... Pero entre pruebas tan claras como de su tierno afecto paternal me tiene dadas, ¿cómo podré persuadirme quiera verme desgraciada, desaprobando mi amor?
Cárlos? *á Cárlos que sale.*

Cárlos. Matilde adorada, prepara tu corazon á recibir la mas fausta, la mas agradable nueva, á que se encuentra ligada nuestra ventura.

Matilde. ¿Mi padre

no ha sccedido á tu demanda ?
 ¿Aprueba nuestra pasion ?

Cárlos. Sí , jamás resistió su alma
 tanta bondad como hoy
 nos manifiesta ; ¡qué escasas
 son de mi agradecimiento
 las pruebas que á tributarle
 me preparo!

Matilde. ¿Qué te dijo ?

Cárlos. Entré , arrojéme á sus plantas,
 y tomándole la mano,
 le dije en pocas palabras
 de nuestros tiernos afectos
 los progresos y las causas:
 pintéle mi situacion,
 y lo léjos que me hallaba
 de ser feliz , si tu mano
 á la mia no enlazaba.
 Oyóme tranquilamente;
 mandó que me levantara
 y con semblante risueño
 me dijo : que no ignoraba
 de nuestra correspondencia
 la intimidad ; que aprobaba
 mis honrados sentimientos;
 pero mi hija me es muy amada,
 continuó : y yo estoy lejos
 de seguir la depravada
 opinion de aquellos padres,
 que mirando como esclavas
 sus hijas , disponen de ellas,
 y un estado las preparan

opuesto á su inclinacion.

Jamas se verá imitada
por mí tal conducta : no,
es mi hija ; si su alma
se dispone á favor tuyo,
si halla en tí lo que le falta
para vivir venturosa,
desde ahora doy mi palabra
de no oponerme á esta union.
Sí , sí , Matilde me ama,
exclamé, y segunda vez
arrojándome á sus plantas,
el primer beso filial
dí en su mano. Tiernas lágrimas
corrieron por sus mejillas.

Matilde. Ah! ¡ qué puede hacer mi alma
llena de agradecimiento
para pagar deuda tanta!
¡ Qué venturosa soy , Cárlos,
no solo al ver realizadas
nuestras miras , mas tambien
al ver la dicha que alcanza
mi corazon con un padre
que con tan vivas instancias
procura de su Matilde
el bien estar.

Cárlos. Dedicada
nuestra vida á su asistencia,
apoyo de su agoviada
ancianidad , procuraremos
hacer ligera la carga
de sus años. Pero él sale.

Matilde. Padre mio ! Corriendo hácia él.
Sale D. Antonio.

Antonio. Hija adorada !

Matilde. Permitid que á vuestros pies....

Antonio. Ven á mis brazos , levanta :

Cárlos , ya Matilde es tuya.

Cárlos. Padre ! qué dulce palabra !

Ella llena el pecho mio
de la efusion que en mí labra
eterno agradecimiento
á quien es principal causa
de mi ventura.

Matilde. Señor,

y perdonareis la falta
que cometió vuestra hija
abriendo su pecho incauta
á un amor que debió siempre
consultar con vos ?

Antonio. Velaba

tu padre por tí, Matilde :
tu inclinacion espiaba
con solicitud , y nunca
hubiera tenido entrada
Cárlos en casa , si yo
que su conducta observaba
no le hubiese hallado digno
de que su afecto pagaras ;
cree Cárlos , que en Matilde
te doy la mas relevada
prueba de mi estimacion.
Desde hoy mas ya dedicada
á complacer á su esposo...

Matilde. Ah! ¿qué indican esas lágrimas que bañan vuestro semblante?
 Matilde sabrá casada
 ser de su padre el consuelo,
 y en un todo dedicada
 á servirle...

Antonio. Bien lo creo.

Cárlos. Siguiendo siempre la santa senda, que de la virtud dejó en su pecho grabada la educacion que os debió; mi esposa sabrá sin tasa corresponder al amor de su padre. Y desgraciada si alguna vez olvidase los vínculos que la ensalzan con el mejor de los hombres.

Antonio. No sean hoy causa mis ansias de alterar vuestra alegría: desde que mi esposa amada bajó al sepulcro, Matilde fue el objeto que llevaba toda mi atencion; y aunque ereo verla afortunada siendo tuya, el separarme....

Matilde. Oh! jamas, mi amor aguarda de Cárlos, que no querrá separarme de la grata compañía de mi padre.

Cárlos. ¿Y dónde mejor te hallaras que al lado del que ha sabido infundirte aquellas máximas

de honor y de probidad
 que te hacen tan apreciada
 á mis ojos? No, Matilde
 no se verá separada
 de su anciano padre: y vos
 señor, á quien debo tantas
 obligaciones, creed,
 que lejos de que una amada
 hija perdais, nuevo afecto
 en mí otro hijo os prepara.

Antonio. Venid, venid á mis brazos:
 sed felices, si la calma
 quereis de mi corazon.
 Ah! si el placer que me inflama
 al miraros venturosos
 muchos padres apreciaran,
 no se vieran tantas víctimas
 de preocupaciones mundanas;
 y consultando en sus hijos
 no la codicia ó la vana
 ostentacion, sino solo
 el estado de sus almas,
 no los condenaran fieros
 á una existencia cargada
 de por vida con el peso
 del crimen y la desgracia.
 Ya no teneis mas anhelo
 que el mirar realizadas
 vuestras ansias: vamos Cárlos,
 que quiero que sin tardanza
 de vuestra próxima union
 queden hoy evacuadas

las diligencias precisas.

Cárlos. Así, señor, nos prepara
vuestras paternal ternura
nuevos favores.

Antonio. Ya nada
me detiene. A Dios, Matilde.

Cárlos y Matilde se saludan con interés.

Matilde. Id con Dios.

Antonio. Yo pronto á casa
volveré.

Vanse D. Cárlos y D. Antonio.

Matilde. Por fin, ya empiezo
á disfrutar de la calma
que ofrece el cumplido logro
de los deseos, que marchan
por el gustoso camino
de la virtud: no me falta
nada para ser feliz;
pues me considero amada
de un hombre á quien idolatro,
y al mismo tiempo estimada
de mi buen padre... y pues dijo
volvería sin tardanza,
quiero trabajar un poco.

Se va al bastidor.

¿Pero quién está ahí?

Sale D. Miguel.

Miguel. Deo gracias.

Matilde. Ola D. Miguel!

Miguel. Matilde,
¿cómo estás tan ocupada?

Matilde. Evito la ociosidad;

porque me dicen que es causa
del vicio.

Miguel. Y tu padre está?

Matilde. Ahora de salir acaba.

Miguel. ¡Tan temprano!

Matilde. Si gustais,
sentaos.

Miguel. Pues vaya en gracia:

*Aproxima una silla al bastidor y se
sienta.*

como quieras tú. No puedo
menos de admirar lo alta,
y lo linda que te has hecho;
quien te conoció tamaña, (*con accion.*
cuando en esta casa yo
á tu lado me educaba,
y te veo hoy tan hermosa

Aproximándose.

dotada de tantas gracias,
con unos ojos tan lindos....

Matilde manifiesta disgusto é inquietud.

Ah! Bien se vé de la sabia
próvida naturaleza
el poder!

Matilde. Diré que os traigan
de refrescar.

Miguel. No, Matilde,

Compeliéndola á sentarse.
siéntate: que yo ya en casa
lo hice. Pues y esa boca,
en cuyos labios resaltan
los esmaltes del clavel...

Matilde. Me permitireis que vaya....
Levántase.

Miguel. ¿Qué quieres? No, siéntate:
Obligándola.

no puede un hombre hablar nada
delante de una doncella
aunque sea en su alabanza,
pues luego baja los ojos
y se pone colorada.

Si pudieses preveer *Con lánguidez.*
los afectos con que agravas
el corazon....

Matilde. D. Miguel
tales discursos me enfadan:
y así os suplico....

Miguel. ¿Será posible
que á la edad en que te hallas
no conozcas todavía
del amor las asechanzas?
Ah! No puede ser, Matilde:
desde bien pronto en nuestra alma
se insinúa: muchas veces
un suspiro, una mirada....

Matilde. Atónita me dejais;
nunca de vos esperara
tal language, que por cierto
creo que muy bien no cuadra
con vuestro empleo.

Miguel. Hé aquí el yerro
en que incurre la ignorancia
cada dia. Cuando tuve
de secretario la plaza

en el Santo Tribunal,
 cuya venera me ensalza,
 quedé como estaba antes,
 sujeto á las asechanzas
 del amor. Créeme, Matilde,
 que por mas que se disfraza
 el cuerpo con cualquier trage,
 las pasiones en el alma
 viven, que el hábito no hace
 el monge.

Matilde. ¿Mas y la santa
 virtud, que sin duda alguna
 en vos debió hallar entrada
 con la buena educacion
 que recibisteis, no os manda
 moderar vuestra pasion?

Miguel. Vaya, creo estás de chanza,
 y que me quieres oir;
 dime, ¿pues qué no te hallas
 preocupada á favor
 de algun jóven? Educada
 bajo la férula odiosa
 de un padre....

Matilde. Mirad lo que habla
 vuestra lengua de mi padre.
 No me creais tan ingrata
 que tolere se le ultrage.

Miguel. Eh! esas son tufaradas
 propias de tu buen afecto,
 mas no eres tan mentecata
 que no conozcas y sientas
 la sujecion en que te hallas.

es tan natural amar...

Por ventura ¿si encontraras
un hombre que te estimase,
que dotado de las gracias
de la juventud ?....

Matilde. Jamas

admitiera sus instancias.

Miguel. Ya penetro la razon.

Temes que como á otras tantas
les sucede, tú te hallares
hecha el ludibrio y la farsa
de algun amante novel,
que en las tertulias, en casa,
en el paseo se alabase,
de tu afecto, y te indicara
con el dedo. ¿No es verdad?
por eso la jóven cauta
que sabe unir su concepto
con las amorosas ansias
busca un ser que como ella
deba callar. ¿Y en quién se halla
esta calidad preciosa?

En aquel á quien ligada
se halla por las relaciones
que estableció la crianza,
que bajo de un mismo techo
recibieron; cuyas almas
acostumbradas á estar
de acuerdo, tal vez se aman
ya hace tiempo. Yo, Matilde
si tu cariño lograra
¡qué venturosa te hiciera!

El silencio fuera el alma
de nuestro trato. Valido
de la libre y franca entrada
que tu padre me concede,
desde que en mi tierna infancia
me recogió y educó,
te viera, y las circunstancias
aprovechando gozosos....

Matilde se levanta.

Matilde. Dejadme, dejad que parta
á donde vuestros discursos
no me escandalicen.

Miguel. Vaya,
que en lo interior bien conoces
la fuerza de mis palabras.
Temes que acaso se extinga
con el tiempo la eficacia
de mi amor? Ah! si pudieras
penetrar la activa llama
que mi corazon consume!

Matilde va á marchar y la detiene.
dónde vas? que ¿no te apiadas
de mi sufrir? Mis suspiros....
estas ardorosas lágrimas....

Matilde. Jamas creí que llegase
con el tiempo la eficacia
de mis afectos? Ah! si pudieras
penetrar la fuerza de mis palabras.
Temes que acaso se extinga
á ser tu osadía tanta
que contra la hija del hombre
benéfico, á quien tu crianza

debiste , tal maquinases....
 Malvado , si no te basta
 el freno que el ministerio
 á que destinado te hallas
 pone á todas tus pasiones,
 á lo menos repararas
 que eras ingrato exponiendo
 mi honor á tus asechanzas.

Miguel. Severa estás, pero yo
 lograré con mis instancias
 disipar la incertidumbre
Esforzándose á besarle la mano.
 de tu pecho : en esta blanca
 mano imprimirá mi labio....

Matilde. Soltad, ó sabré irritada
 contra tan torpe violencia...

Miguel. En vano evitarlo tratas.
Sale D. Antonio.

Antonio. Miguel ! Matilde ! ¿ qué es esto ?

Miguel. Cielos ! qué ha de ser? no es nada,
 daba á Matilde un consejo
 para que se preservara
 de los peligros del mundo,
 que á su inexperiencia aguarda:
 Ella se creyó ofendida....
 yo trataba de aplacarla.....
 entónces entrasteis vos....

Antonio Matilde, tú estás turbada,
 y en tu semblante que veo
 bañado con tristes lágrimas,
 leo lo que aquí ha ocurrido.
 Miguel, mi hija acostumbrada

á oír siempre los consejos
de la virtud acendrada,
jamás huyó de escucharlos;
y la escusa que preparas,
si comparo caracteres,
me está indicando la causa
de vuestra turbacion. Sí,
Miguel, salte de esta casa
y sea la última vez
que sus umbrales profanas.

Miguel. Cómo! Eso me hace creer
que llegais (bajeza extraña!)
á sospechar que yo pude....
qué! y esta insignia sagrada
de mi carácter, ¿no puede
destruir las infundadas
sospechas que concebís?

Antonio. No, Miguel: sé que en tu alma
se abrigan todos los vicios.

Miguel. No creo que la crianza
que me disteis, el derecho...
de insultarme.....

Antonio. Nada, nada
de insulto por parte mia:
desde tu mas tierna infancia
te recogí, te eduqué;
pero fué tan depravada
tu inclinacion desde luego,
que salieron siempre vanas
cuantas medidas tomé
con el fin de refrenarla.
Holgazan desde el principio,

dando á todo vicio entrada,
sin dedicarte al estudio,
siempre envuelto en la ignorancia,
de vivir buscaste medio
sin trabajo y con holganza
tomando ese empleo.

Miguel. Ya

el sufrimiento me falta.
Si me recogiste niño,
si me educasteis, yo nada
os tengo que agradecer,
Dios os debe dar la paga
pues que lo hicisteis por él.
Si el destino que os enfada
tanto tomé, fue porque
la educacion que me daba
vuestra oficiosidad, era
perjudicial á mi alma.
¿Qué hubiera logrado yo
si en vuestra casa quedara?....
Ser un filósofo hoy dia
de estos que tienen por gala
despreciar todo lo santo:
otro vos.

Antonio. Mira lo que hablas,
no muestres en tu discurso
de tu hipócrita ignorancia
los efectos. Miguel, vete,
huye luego de una casa
que te debiera inspirar
el respeto y la mas alta
gratitud.

Miguel. Ya os tengo dicho
 que á nadie le debo nada.
 El alto cargo que egerzo
 me separa de mundanas
 consideraciones. Todas
 aquellas que me ligaban
 con el resto de los hombres
 quedaron rotas. Ya nada
 me queda de todas ellas.
 Salgo , por fin , de esta casa,
 pero yo sabré vengar
 los ultrages que la osada
 lengua vuestra profirió
 contra un ministro de la alta
 y suprema Inquisicion.

Antonio. Desprecio tus amenazas
 tanto como amo el honor
 de mi hija idolatrada,
 el que no creo seguro
 ínterin tengas entrada
 aqui.

Miguel. Mi venganza tiembla.

Antonio. Bien conozco que tu alma
 es capaz de cualquier crimen;
 mas la mia resignada
 á todo , y fortalecida
 con la interior confianza
 que inspira un buen proceder,
 nunca seria tan baja,
 que á costa del deshonor,
 su seguridad comprara.

Miguel. Qué por fin no os retractais ?

Antonio. No hallo suficiente causa
para que lo deba hacer.

Miguel. Vedlo bien.

Antonio. Salid luego de mi casa.

Miguel. Quedad con Dios.

vase

Antonio. Id con Dios:

ven, ven, Matilde adorada,
y no turbe este accidente
la alegría que casada
al verte con Carlos debe
reinar en todos. ¿Qué aguardas?

Matilde. Padre mio.... El intentó....

Antonio. Hija no prosigas, basta.
Preveo lo que ha ocurrido:
mas la religion nos manda
perdonar nuestras ofensas.

Matilde. Por mí ya está perdonada.

Antonio. El hombre es débil, y cuando
las pasiones nos arrastran,
¿quién si á la virtud no acude,
no cede á sus asechanzas?

ACTO SEGUNDO.

Despacho del Inquisidor. Aparece este sentado á una mesa , que hay varios libros y papeles , y dos bugías encendidas. El Inquisidor despues de haber leído , dice :

Inquisidor. Por fin , con estas noticias tan favorables , descansa mi imagacion; de Riego abatida la arrogancia, y sus osados secuaces derrotados : bloqueadas las tropas que hay en la Isla, prontamente apaciguada la Andalucía estará.... y entonces nuestra venganza... Don Miguel , con impaciencia esta noche os esperaba.

A D. Miguel que sale.
 Nuestro partido venció.
 Ya sabreis que derrotadas están las tropas de Riego.
 Un amigo de Granada me cuenta los pormenores de una sangrienta batalla, en que quedó prisionero aquel caudillo.

Miguel. ¿ Y confianza

en él teneis?

Inquisidor. Sí : ¿por qué?

Miguel. Porque no falta quien habla
de otro modo : y si convienen
en que se dió la batalla,
dicen que Riego logró
en ella ver respetada
su pequeña division,
por fuerzas sextuplicadas.
Que con diestras maniobras
y ganando las montañas,
burló de sus enemigos
la obstinacion. Tambien se habla
con apoyo la noticia,
de que en Galicia se arman
por esa Constitucion,
que tantos recelos causa
á los que quieren del trono
y del altar ver intacta
la potestad. Tambien dicen
que ya los correos faltan
de Zaragoza.

Inquisidor. Noticias

son por cierto bien infaustas
las que traeis ; pero yo
tengo mucha confianza.
El pueblo español ha sido
en todas las circunstancias
enemigo de lo nuevo.
Abismado en la ignorancia,
no conoce de sus males
el tamaño ni la causa.

Agravado con tributos
 enormes, sin medios se halla
 para adoptar los principios
 de los que viles le halagan
 con el eco lisonjero
 de libertad y de patria.
 Los gefes, que las provincias
 gobiernan, de nuestra banda
 son; y en varias ocasiones
 han sabido con venganzas
 sangrientas hacer que el pueblo
 reconozca que se halla
 sujeto al Rey.

Miguel. Sin embargo,
 la tempestad que amenaza
 no nos debe sorprender.
 La cauta desconfianza
 es un apoyo seguro,
 y no seria gran falta
 que contra cualquier naufragio
 buscásemos una tabla.
 Los liberales, si un tiempo
 nos trataron con sobrada
 indulgencia, ahora enseñados
 en nuestra escuela; las armas
 que aguzamos contra ellos,
 contra nosotros lanzadas
 serán. En estos empeños
 no hay que andarse por las ramas;
 por lo que soy de sentir...

Inquisidor. Bien: os entiendo.
 Y pues el tiempo se pasa

despachemos un ratito.
Id recorriendo esas cartas
y denuncias.

Miguel. Esta dice :

Lee. Señor Inquisidor. Estoy á punto de ser suplantado en la direccion de Rentas, que como V. S. sabe solicitó mi rival el señor D. Diego de Pos, á quien V. S. conoce bien. Esta circunstancia me obliga á recordarle la promesa que me hizo cuando tuve la franqueza de permitir que V. S. favoreciese á mi hija con su íntima confianza, y así desearia que en atencion á hallarse en esa el dicho D. Diego, buscasse un medio de deshacerme de tal rival ; lo que le será muy fácil. Siempre de V. S. &c. &c. &c.

Este será de su Paula
el padre sin duda?

Inquisidor. Sí.

Miguel. Bien merece la muchacha,
que en consideracion suya
accedais á la demanda.

Inquisidor. Pues tomadla á vuestro cargo,
y á Don Diego sin tardanza
arrestad....

Miguel. Ahora entro yo.

Esta delacion me acaban
de entregar, en la que uno
como á cristiano declara:
que Don Antonio Otivelos,

que en compañía se halla
de una hija, dicha Matilde,
permite en su cuarto entrada
á un jóven llamado Cárlos
Monte, á quien vende las gracias
de la niña, y que en sus goces
torpemente se regala.

Que apenas reza el rosario
dos veces cada semana;
que á las criadas que tiene
las ha vedado que salgan
á misa todos los días;
que ha tratado de palabra
mal á muchos religiosos....
ah!

Con afectacion.

Inquisidor. Qué es eso? qué os espanta?
¡Hay tantos malvados de estos!

Miguel. No, no es esa la causa
que mi afliccion ocasiona:
sino que este de quien habla
fue mi protector, mi padre:
él corrió con mi crianza.

Inquisidor. ¿Pues entónces qué aguardais?
Romped luego la demanda
pues mediais vos....

Miguel. Eso no:
El que dedicado se halla
á tan santo ministerio
como yo, de las mundanas
relaciones no depende:
fórmese, Señor, la causa,
y con tanta mas razon

cuanto yo sé que es fundada
esta delacion.

Inquisidor. ¡Tú mismo
testigo!

Miguel. Así me lo manda
mi deber, y en tanto grado,
que deseo que ahora vayan
y á los tres conduzcan presos.
Oh! si con esto lograra
que este sacrificio mio
su salvacion procurara,
haciéndoles respetar
de nuestra Religion Santa
los misterios!

Inquisidor. Extended
la acta de prision.

Escribe.

Miguel. Firmadla.

Toca la campanilla y salen los ministros.

Tomad, y sin dilacion
quede al punto egecutada
esta órden. Ya en mí sienta *aparte.*
el placer de la venganza.

Vanse los ministros.

Inquisidor. Quedan aun mas expedientes?

Miguel. Sí Señor, todavía faltan.

Esta es la declaracion
que se pidió á Pedro Braza
sobre la vida y costumbres
de aquel marido, que se halla
aqui preso por denuncia
de su muger, porque hablaba

con el demonio.

Inquisidor. ¿Y qué dice
en ese papel?

Miguel. Declara

Pedro Braza, que la esposa
del arrestado es tachada
de tener malas costumbres;
que su marido en su casa
la sorprendió con un hombre
que la acusó, y siguió causa
sobre esto ante la justicia;
y que ella estando culpada
y temiendo de su esposo
la legítima venganza,
dió esa delacion. Que nunca
ha sabido que él hablara
con el demonio.

Inquisidor. Muy malo

es ese que así declara.

¿Una muger de un marido
contaría cosas falsas?

¿Quién saberlo mejor puede
que aquella que le acompaña
siempre? Mando que á ese Pedro
se le forme luego instancia
por testigo falso, y hombre
de malas ideas.

Miguel. El juicio

de aquella obra delatada
por herética é impía
dice que en ella se hallan
vertidas mil expresiones,

que todas encaminadas
van al desprecio y ludibrio
de las escrituras santas.

Dice que del arco iris
es muy natural la causa:
que la tierra no está quieta,
y que la Luna es opaca.

Inquisidor. Basta; no prosigais, no,
que solo ya de esas falsas
proposiciones se infiere
cuánta es la intencion dañada
del autor; y así mandad
que se recoja mañana.
¿Quedan aun mas?

Miguel. Sí, Señor.
una denuncia firmada
por D. Andres Puriner.

Inquisidor. Veamos de lo que trata.

Miguel. A su propio padre acusa
en ella porque en su casa
tiene libros prohibidos
que le han venido de Francia
sobre botánica.

Inquisidor. Malo!

En materia de botánica
se pueden decir de Dios
y de su Religion Santa
mil cosas. Alabo el celo
de ese jóven; si imitaran
todos ese heróico rasgo
de virtud, no se encontrara
tanto filósofo hoy dia,

cuyas doctrinas dañadas
 son de nuestra sociedad
 la ruina. Dadle gracias
 por su fervor , y ensalza
 su accion. Formad la sumaria
 al padre , á quien se traerá
 incontinenti á esta casa:
 mas tratando de otro asunto:
 Yo os dejé recomendada
 cierta comision que puede
 procuraros....

Miguel. Ya evacuada
 está. Un tal Don Felipe
 de Arriz , vino de la Habana
 hará dos años. Se trajo
 en especie de oro y plata
 al pie de cuatro millones,
 que ahora de heredar acaba
 su hijo Don Juan , el que observa
 conducta tan arreglada,
 que no he podido encontrar
 motivo para que causa
 se le entable; mas con todo
 he sabido que en la Habana
 casó de segundas nupcias
 su padre con una indiana
 de los Estados Unidos,
 que la secta profesaba
 de Lutero ; y así opino
 se debe formar instancia
 contra el muerto Don Felipe.
 De este modo confiscadas

quedan todas sus haciendas.

Inquisidor. Ya os entiendo.

Miguel. Sustanciadas

todas las declaraciones
de testigos, que no faltan
contra un muerto (porque al fin
hombre difunto no habla)
para dar publicidad
y quitar la mas lejana
sospecha, procederémos
á propalar esta causa;
se desentierra el cadáver;
se le ahorcará en estatua;
sus huesos se quemarán;
á la familia se infama
y destierra; de este modo
me atrevo en una semana
á hacer á este tribunal
dueño de cuanto oro y plata
dejó el habanero.

Toca la campana el Inquisidor, y sale el primer ministro.

Ministro. Ya vuestras órdenes

han quedado egecutadas
aunque no en todo. A Don Carlos
no lo encontramos en casa;
pero Don Antonio y su hija
están ya aquí. Mi eficacia
ha dispuesto que se espíe
toda la noche sin falta;
creo que antes de la aurora
ya estará aquí.

Miguel. Bien la traza
me salió.

aparte.

Inquisidor. A D. Antonio
traed : quiero sin tardanza
tomarle declaracion,
sin darle tiempo á que haga
reflexiones conque pueda
burlar nuestra vigilancia.

Min. Que entre el reo.

Miguel. Al verle tiemblo.

Sacan á D. Antonio.

Antonio. Armémonos de constancia.

Inquisidor. Llega, hijo, á este santo asilo
dó la justicia descansa
del Dios que nunca permite
ver la maldad consumada.

*Exurge domine et judica
causam tuam sacrosanctam.*

Llega pues , nada recoles:
el tribunal en que te hallas,
debe por solo su título
inspirarte confianza.

Un tribunal destinado
á conservar pura y clara
la religion , por divisa
tiene la piedad, la santa
caridad que el evangelio
inspira. Ah! si tu alma
reconoce todavía
los derechos que reclama
de todo aquel que profesa
de la religion cristiana

los sagrados dogmas ; debe verse
ahora mismo inundada
de celestiales consuelos.

Tú del cieno en que te hallabas
de herética pravedad,
vas á volver á la gracia
de aquel Redentor divino,
que por salvarte derrama
su sangre. ¿Qué de tí fuera,
si en los errores que guardas
en ese pecho dañado,
impenitente tocaras
el término de tu vida?

Ya de nada mas se trata
que de confesar el crimen
la indulgencia está ligada
al tierno arrepentimiento.

Antonio. Mi alma siempre humillada
al Ser supremo, suplica
el perdón de tantas faltas
como pude cometer.
El conoce la eficacia
de mi sincero pesar.

Inquisidor. Muy bien; pero eso no basta.
Tú sin duda persuadido
estás de cuan relevada
es la rectitud del santo
tribunal ante quien te hallas.
Todo es en él justo y recto,
y la caridad cristiana
es su norte en cuanto puede
conciliarse con la santa caridad

causa de Dios que defiende.
 Y está ya tan demostrada
 esta verdad, que no creo
 dudes de ella. Preparada
 tu alma con estos principios,
 y atendiendo á tu pasada
 conducta, conocerás
 el crimen que te arrebató
 del seno de tu familia,
 y que hay legítima causa
 para prenderte. No temas:
 declara. La mas estraña
 maldad es harto pequeña,
 si se mira comparada
 con la bondad infinita
 del Criador. ¿Tus palabras,
 juras, que de la verdad
 estarán siempre animadas
 en cuanto vas á decir?

Antonio. Sí juro.

Inquisidor. Aun cuando salgas
 absuelto, juras y ofreces,
 trayendo sobre tu alma
 la indignacion del Señor,
 si no lo cumples, que nada
 de lo que aquí oigas ó veas,
 declararás de palabra,
 por escrito ó de otro modo?

Antonio. Sí juro.

Inquisidor. Lo que declara
 extended. *Capite nobis vulpe.*
 Tu nombre, tu patria.

Antonio. Mi nombre Antonio Otívelos,

D. Miguel escribe.

de la ciudad de Granada

soy natural.

Inquisidor. ¿De tu padre

y madre está averiguada

la Religion?

Antonio. Sí Señor:

la Católica Romana.

Inquisidor. Cristianos nuevos?

Antonio. Tenian

su origen en la montaña.

Inquisidor. Qué años cuentas ya?

Antonio. Sesenta.

Inquisidor. ¿Esta es la primera instancia

que se siguió contra tí

por Religion, ó te hallas

implicado en alguna otra?

Antonio. Jamás creí hubiese nada

en mi recto proceder,

que autorizase demanda

contra mí.

Inquisidor. Pues ya ves,

que la hay justa y muy fundada;

y ahora (pues obediente

á los preceptos te hallas

del Redentor) que confieses

es preciso; por qué causa

te ves aquí conducido?... ¿pues

quién puede peretrarla

mejor que tú? Nada temas.

Declara, si en tus pasadas

acciones , de pensamientos,
de obra , ó sea de palabra
hallas alguna razon
que justifique.....

Antonio. Yo nada
hallo que pueda autorizar
á que aquí se me arrastrára
como el mas vil delincuente
cercado de gente armada.
Yacia yo reposando
en la dulce confianza
que inspira de la virtud
y de la honradez la práctica,
cuando á deshora me encuentro
con mi habitacion cercada,
violentadas sus puertas,
la propiedad despreciada,
ahuyentados mis criados,
mi familia acongojada,
yo arrancado de su seno,
sin que ni aun se respetara
la debilidad y el sexo
de mi hija , que desmayada
han conducido conmigo.

Inquisidor. ¿Y qué son esas mundanas
aflicciones que exageras,
si cristiano las comparas
con las que nuestro Señor
sufrió por tí? De la gracia
pasa el tiempo. De tu crimen
todo lo enorme declara.

Antonio. Leedme la acusacion,

y juro con mis palabras
apoyarla si es verdad.

Inquisidor. Lo es, y está bien comprobada:
tú lo sabes. Dila pues.

Antonio. La ignoro.

Inquisidor. Con obstinada
pertinacia acaso quieres,
que la indulgencia olvidada,
y arrebatado del fuego
de la Divina venganza,
empiece de mi sagrado
ministerio á usar las armas.
Pero no, ¿ cómo es posible
que sea tu maldad tanta,
que una al delito el silencio?
¿ Tienes sobre que recaiga
alguna acusacion ?

Antonio. No.

Inquisidor. ¡ Daráse tal pertinacia !

Antonio. Decidme del delator
solo el nombre, y ayudada
así mi imaginacion,
puede que dé con la causa
de mi prision.

Inquisidor. Eso no:
aquí jamás se declara
el nombre del que denuncia,
ni los testigos.

Antonio. Así se halla
el hombre expuesto á los tiros
de la envidia ó de la infamia
de un enemigo cualquiera,

que sin riesgo alguno ataca
al inocente, á quien quiere
arruinar.

Inquisidor. Cómo! ¿En España,
en un país donde vemos
á la Religion cristiana
en su mayor esplendor,
gracias á la vigilancia
del Santo Oficio, habria
un malvado que intentára
perder al prógimo? No.
La delacion es fundada;
probada está con testigos;
y puesto que á confirmarla
te niegas, y que pretendes
te se lea; demostrada
está ya tu obstinacion,
y se vé bien, que son tantas
las impurezas, conque
te has manchado, que agitada
tu imaginacion, ignora
por cuál será la demanda.
Una hija tienes, ya puedes
deducir de ahí, que no es falsa.

Antonio. Tengo una hija; es verdad.

Inquisidor. Está soltera, ó casada?

Antonio. Soltera; pero no alcanzo
á dónde va encaminada
vuestra pregunta.

Inquisidor. Qué, aun niegas?

Antonio. Jamás creí se tolerára
este modo de enjuiciar

en una nacion que pasa
 por estar civilizada,
 ni que al extremo llegara
 de infamia y de despotismo
 un tribunal que propala
 estar por Dios destinado
 á vigilar la observancia
 del Evangelio. ¿Son estos
 los medios que predicaba
 vuestro maestro se usasen,
 para traer á las almas
 al seno de la virtud
 si estaban descaminadas?
 Así es como instituciones
 que nada tienen de santas
 son de nuestra Religion
 enemigas disfrazadas.
 Conducido aquí me veo
 en virtud de una demanda
 tal vez anónima: ignoro
 delator, testigos, causa,
 y se me pregunta á mí;
 pero este artificio guarda
 todo el odioso veneno
 de la perfidia. Se trata
 de que confiese algun crimen,
 que si no es del que se habla
 en la denuncia, ya hay doble
 motivo para apoyarla.
 De ese modo á un infeliz
 se le niega hasta la innata
 obligacion de mirar

por sí, y tal vez una falsa acusacion, le conduce á confesar lo que pasa en su interior, y de aquí se le forma una sumaria, que le abisma para siempre en el horror y la infamia.

Inquisidor. Basta de condescendencia.

Bien se nota en tus palabras el espíritu del día.

Tú eres de los que reclaman en las ofensas de Dios las formalidades vanas, que en una causa civil se siguen; pero repara, que hay en este tribunal medios para que burladas queden tus miras. Sí: tiembla la justicia a venganza que de la mano de Dios parte sobre tí.

Antonio. No hay nada que me escandalice mas, que ver cómo se disfrazan las pasiones de los hombres con el velo de la Santa Religion. S-guid, impíos, los impulsos que os arrastran á atropellar á los hombres: Ved su sangre derramada del modo mas horroroso. Atropellad de la incauta

inocencia los derechos:
 haced uso de la bárbara
 crueldad que os enajena;
 mas no toméis la palabra
 de Dios para autorizar
 vuestras acciones.

Inquisidor. Ya basta (*Toca la campana.*
 de compasion: sí, ministros, (*salen.*
 llevadle, y que su obstinada
 pertinacia reconozca
 en la soledad ingrata
 de un profundo calabozo,
 que castigo se prepara
 á los que con torpe empeño
 así su crimen retractan.

Antonio. Conducidme; mas creed,
 que las cadenas pesadas,
 la mas lóbrega prision,
 la desnudez y la infamia
 son suplicios bien pequeños
 para una alma que se halla
 inocente, pues sin duda
 mayor martirio prepara
 Dios con los remordimientos,
 que al criminal despedazan. (*llévanle.*

Miguel. ¡Cuánta pena me ha causado
 al ver cómo despreciaba
 de la Divina justicia
 la palabra sacrosanta!

Inquisidor. No ví tal obstinacion.

Miguel. Y con su hija que arrestada
 tambien está, ¿qué se hará?

Inquisidor. Quede por ahora encargada á tu rectitud.

Miguel. Muy bien.

Inquisidor. Luego haced que á esas instancias

se dé el curso competente.

A Dios. *Vase el Inquisidor.*

Miguel. El con vos vaya.

Ola! *(Sale el ministro.*

Ministro primero. Señor?

Miguel. Esa jóven

que trajisteis arrestada
conducid aquí. *(Saca á Matilde.*

Matilde. ¡Dios mio!

¡á qué suerte tan ingrata
me destinais!

Miguel. Retiraos. *(A los ministros.*

En fin, ya estarás ufana
con tu obra. Matilde, hé aquí
el destino que fraguabas
á tu padre! Hé ahí los males
que ingrata le proeurabas
por una preocupacion.
Ahora te ves deshonrada
ante los ojos de todos....

Matilde. No extraño que te complazcas
en tus crímenes, y que oses
echar la virtud en cara,
pues de monstruos como tú
son propias tales hazañas.
Lo que me admira es que creas
que yo quedo deshonrada

por ser aquí conducida.
Tengo honor y esto me basta
para mi satisfaccion.

Miguel. Mal informada te hallas,
cuando hablas de esa manera.
¿Sabes la terrible infamia
que acompaña á los que dieron
ocasion, á que á esta casa
se les trajese? No solo
la ignominia se prepara
para el que sufre el castigo,
sino que vilipendiada
es toda su descendencia
hasta la tercera raza.
Que nadie alterna con ella,
y que aun es mas mal mirada
que la de un vil asesino.

Matilde. Preocupaciones mundanas
casi hoy ya destruidas,
desde que España ilustrada
empezó á ver los abusos
de instituciones tan bárbaras,
que á sombra del despotismo
solo se ven toleradas.

Miguel. Qué neciamente discurre!

Esa altivez empleada
en esta ocasion, tu ruina
va á causar. Aun evitarla
puedes con tu rendimiento.....
con una sola mirada
las cadenas que á tu padre
oprimen verás quitadas:

vuélvele, vuélvele al seno
de una familia abismada
en el dolor.

Matilde. Bien lo sé;
pero nunca te complazcas
conque á costa de mi honor
sea su libertad comprada.
No: mas digno será el medio,
si conociendo la ingrata
venganza que has prevenido,
si recordando tu alma
los favores recibidos,
se sobrepone á unas vanas
sugestiones, producidas
por la corriente agitada
de una criminal pasión.
Ah! yo empeño mi palabra,
que mi padre, que á pesar
de tus crímenes te ama,
te concederá el perdón.
Sí, yo sabré con mis lágrimas
alcanzarle. Lograré,
arrojándome á sus plantas,
que á sus brazos te devuelva.
Yo te perdono las ansias
que me has hecho padecer.
Debilidades humanas
á que todo hombre está expuesto!
Cede. ¿Posible es que tu alma
halla mas gusto en el crimen
que en la virtud sacrosanta?

Miguel. ¡Cuánto eres interesante,

y cómo el resorte hallas
de tocar el corazón!....
Mas si una pasión entrada
halla en el pecho del hombre,
si Dios con toda su gracia
no se empeña en combatirla,
vano es querer dominarla.

Matilde. ¿Qué, persistes en tu idea?

Miguel. Matilde, el tiempo malgastas,
ó ser mia, ó morir.

Toca y salen los ministros.

Matilde. Dios
me concederá constancia
para sufrir.

Miguel. Yo no puedo
permitir la tolerancia
en causa en que nuestra fé
está tan interesada.

Llevala. En el calabozo
mas obscuro sepultadla:
ni su sexo ni sus años
disculpan su pertinacia.

Matilde. Sí, sí, llevadme á morir:
mas ay de aquel que prepara
tan grandes remordimientos
á su corazón.

Miguel. Llevala.
Vanse Matilde y los ministros.

Yo haré que me dé la fuerza
Lo que el cariño no alcanza.

ACTO TERCERO.

Calabozo subterráneo de la Inquisicion.

Salen los dos ministros.

Ministro 1. En atencion que en negar se encuentra tan obstinado, y que de testigo falta la informacion, ha mandado su señoría, que tú te quedes en el subterráneo, fingiendo que eres un preso, á quien están procesando: y que como es natural, que al verte tan desgraciado como él, en tí confianza hará, y tú con recato le obligas á que confiese su opinion, sus malos tratos, y en fin, todo lo que puedas.

Ministro 2. Está bien, quedo enterado.

Ministro 1. Tambien previno despues, que en caso que fuese vano este medio, y se empeñara en callar, aquí á Don Carlos se tragese, pues con él no andará tan reservado; y tú puedes escondido, haciendo que te has marchado,

oir su conversacion.

Ministro 2. Creo no sea necesario
ese medio que yo haré
de modo que cante claro.

Ministro 1. Pues en esa inteligencia,
aquestos grillos te engarzo

Le pone los grillos.
y esta cadena.

Ministro 2. ¡Cuál pesan!

Ministro 1. Pues son los aligerados.

Ahora voy por D. Antonio.

Siéntate. *(Siéntase.)*

Ministro. Vaya , este santo
Tribunal sí que conoce
medios muy justos y exactos
de averiguar la verdad.

Viene un reo : es preguntado:

¿ no confiesa su delito ?

pues al momento cargado

de cadenas y de grillos,

en un hondo subterráneo

tiene tiempo de pensar...

¿ Qué al otro dia reacio

niega aun ? pues con la maña

se vé si va declarando:

y en fin , si tan justos medios

no dan el fin deseado,

se le pone en un tormento,

y allí confiesa de plano

cuanto sabe , y muchas veces

aun mas de lo preguntado,

y que confiese ó que no,

siempre queda castigado.
 En los otros tribunales
 si dicen al acusado
 los nombres del delator
 y testigos , si es osado
 y niega , no se le obliga
 á confesar ; su abogado
 le defiende , y muchas veces
 se deja libre al culpado,
 solo porque su delito
 no puede ser comprobado.

Pero D. Antonio sale.

Sacan á D. Antonio.

Antonio. ¿ Y decís que es este cuarto
 el lugar del desahogo ?

Ministro 1. Al fin veis que no es tan malo
 como el calabozo en que
 esta noche habeis pasado.
 Este santo Tribunal
 sabe seguir los sagrados
 principios del cristianismo;
 y ahora mismo os está dando
 pruebas de la caridad
 que le anima , mejorando
 vuestra situacion. Si vos
 hubierais ya declarado,
 no tuvierais esos grillos
 que deben ser muy pesados
 á vuestra edad.

Antonio. La virtud
 me alienta para llevarlos.

Vanse los ministros.

Ministro 2. ¡Ay de mí!

Antonio. ¿Quién está aquí?

Ministro 2. Como vos un desdichado,
que víctima ha largo tiempo
del tratamiento inhumano
de este injusto tribunal,
que nada tiene de Santo,
padece hace cinco meses
el tratamiento mas malo.

Antonio. ¡Cinco meses!

Ministro 2. Sí señor,
y aun creo que vaya largo
mi asunto, porque me niego
á confesar é irritados
á mi silencio me oprimen
como veis: yo delatado
fuí por una señorita
con quien amoroso trato
tenia.

Antonio. Las amistades
que no haya fundamentado
la virtud, conducen siempre
al precipicio. Fue malo
el proceder de esa jóven:
no trato de disculparlo;
pero cuando el corazon
del hombre llega hasta el grado
de entregarse a las pasiones,
de un delito en otro dando,
no reconoce amistad,
todo lo atropella osado.

Ministro 2. Bien advierto la razon

Yo, Señor, por otro lado
 conozco que ella tenia
 causa para egecutarlo.
 El confesar la impedia,
 y que rezase el Rosario,
 porque habiendo por desgracia
 leído de varios sabios
 franceses como Voltaire
 y Rousseau los trabajos,
 adquirí ciertas ideas....

Antonio. Que si fuerais buen cristiano,
 leído hubierais sin peligro,
 porque el language sagrado
 de la Biblia por sí solo,
 sin notas, ni comentarios,
 encierra de la verdad
 unos principios muy claros,
 que ni Voltaire ni Rousseau
 pudieron contrarrestarlos.
 Mas todo lo nuevo place,
 y en esto estriba el gran daño,
 pues sin saber el sentido
 de aquel misterioso arcano,
 y aun sin tener idea de él
 ya intentamos criticarlo.

Ministro 2. Yo entregado á los placeres,
 y en el vicio encenagado
 mi desgracia me fragué.

Antonio. ¿Cuándo los principios malos
 conducen á buenos fines?

Ministro 2. ¿Y vos estais procesado
 hace mucho tiempo?

Antonio. No.

Ayer me ví arrebatado
del seno de mi familia.

Ministro 2. ¿Y qué motivo habeis dado
para tal persecucion ?

Antonio. Lo ignoro.

Ministro 2. Ya veis soy franco,
y que nada os oculté
de mi delito; otro tanto
podeis hacer sin recelo,
con mi secreto contando.

Antonio. Os he dicho la verdad.
Este hombre me va causando
sospechas.

Aparte.

Ministro 2. Correspondeis
muy mal al íntimo rasgo
de afecto que os tributé;
porque al fin los desgraciados
ya llevan de la amistad
en sí los gustosos lazos.
Aquí nadie nos escucha:
cinco puertas han cerrado
despues de esta; conque así
no seais tan reservado,
que el referir las desgracias
es consuelo anticipado.

Antonio. Yo no os puedo decir mas,
que no sé por qué este trato
sufro.

Ministro 2. Qué! estais inocente?
¿Este tribunal tirano
se emplea así injustamente

contra un respetable anciano ?

Antonio. Los tribunales , pues de hombres están compuestos , es claro que han de tener sus defectos. Ni vitupero , ni alabo ninguno en particular.

Ministro 2. Ya mi esperanza ha acabado. Este hombre sabe mucho; (*Aparte.* y veo que es excusado el gastar tiempo con él. Los pies me están lastimando estos grillos : mucho siento no poder acompañaros por mas tiempo ; y así á Dios os quedad ; hasta otro rato. (*Vase.*

Antonio. A Dios. Ahora que esplayar puedo todos los quebrantos que afligen mi corazon, libre curso quiero darlos. ¿Qué son las penas que sufro, qué son estos malos ratos, qué es pues esta incertidumbre opresora en que me hallo, si con otros sentimientos mas acervos los comparo? Yo soy Padre.... Sí , soy padre; pero padre desgraciado, á quien arrancan del seno con el furor mas tirano su jóven, su tierna hija... Yo preveo del malvado Miguel las tramas odiosas,

y Matilde á los quince años
 agoviada con el peso
 de la desgracia , temblando
 por la vida de su padre...
 cercada de riesgos tantos,
 juguete de las intrigas
 de un perverso consumado
 en el crimen... ¡ Oh Dios mio!
 Tú que desde el elevado
 lugar en donde gobiernas
 el amazon complicado
 del universo , penetras
 los mas profundos arcanos
 del corazon mas oculto,
 tú observas cuánto es amargo
 el vaso que estas ideas
 me hacen probar: calumniado,
 preso , abandonado , pobre,
 yo encontraria descanso
 en mi recto proceder;
 pero al ver amenazado
 el pundonor de mi hija,
 al recelarla en los brazos
 de un seductor , que en un punto
 va á burlar tantos cuidados,
 tantas máximas... Mas ¿ dónde
 me precipito insensato ?
 ¿ Los principios de virtud
 que en su pecho están grabados
 no pueden asegurarme ?
 ¿ Qué valen los refinados
 medios de la seduccion

contra un pecho reforzado
con los sublimes principios
de la Religion ? ¡ Dios Santo !
perdonadme si un momento,
un solo instante he dudado
de que siempre á la virtud
concedisteis vuestro amparo.
Pero las puertas abrieron,
y otro preso aquí han entrado.

Sacan los ministros á Cárlos.

Cárlos. ¡ Horrorosa obscuridad !
confuso estoy y no alcanzo
á adivinar los motivos
que mi desgracia han causado.

Antonio. Es ilusion del sentido,
ó es cierto que te oigo , Cárlos ?

Cárlos. Padre !... ah ! Ya aquellas gustosas
esperanzas que abrigaron
ayer nuestros corazones,
cual humo se disiparon.
¿ Y mi Matilde ?

Antonio. Lo ignoro.
Desde anoche que arrancado
me ví de entre mi familia,
nada sé de ella.

Cárlos. Malvados !
atropellar de este modo
su inocencia y vuestros años!

Antonio. Cárlos : borrascas anexas
á este mundo , resultados
precisos de las pasiones;

pero esta vida es un tránsito,
 que á otra vida nos conduce,
 que no pueden los engaños
 ni la intriga inquietar. No.
 El Dios que nos ha formado,
 nos prueba de mil maneras;
 mas el hombre confiado
 en su divina promesa
 sabe sufrir resignado.

Cárlos. Yo que seria hoy felice
 de mi cara esposa al lado,
 me veo en fin para siempre
 á no verla condenado.

Antonio. Confía , Cárlos.

Cárlos. Señor,
 yo estoy muy bien informado
 de que el que en estas prisiones
 es una vez encerrado,
 tarde ó nunca se vé libre.

Antonio. Tal vez son exagerados
 esos discursos. El hombre
 puede verse calumniado,
 pero nunca convencido.

Cárlos. ¿Y qué en estos inhumanos,
 que así arrastran á un encierro
 al niño como al anciano,
 puede haber seguridad
 para el hombre mas honrado
 de que libre se verá
 su inocencia comprobando?
 No, señor, yo bien conozco,
 que consuelos me estais dando

con esperanzas que vos mismo estais desaprobando. Harta ilustracion teneis para que esteis ignorando de este odioso tribunal el proceder arbitrario. ¿Pero acaso no sabeis la causa que á un atentado semejante dió lugar?

Antonio. La sospecho, amado Cárlos.

Cárlos. Tal vez por las circunstancias políticas en que estamos...

Antonio. No. La vil ingratitud.... pero esto no viene al caso.

¿Qué tú no viste á Matilde?

Cárlos. Desempeñado el encargo que me disteis concerniente á mi enlace proyectado, á vuestra casa me fuí; mas apenas hube entrado en el portal, cuando ví á Fermin vuestro criado, que me dijo que acababais, señor, de ser arrestado. Mas no me pudo indicar á qué parage os llevaron, pues los ministros á nadie que se os siguiese dejaron. A Matilde del dolor la acometió de un desmayo el peligroso accidente; mas con todo la arrestaron.

Antonio. ¡Venganza atroz!

Cárlos. Yo no entiendo
qué ocasion....

Antonio. Y es excusado
de que sepas mas, que yo
una vívora he abrigado
en mi seno, y en el dia
me lo está despedazando.

¡Hija mia!

Cárlos. ¿Y qué posible
no será, que reclamando
contra un proceder?...

Antonio. ¿A quiénes?

Cárlos. Al Rey.

Antonio. Tú estás ignorando
de este injusto tribunal
el poderío extremado:
hasta del papa desprecia
los decretos; es vano
apelar; ¿ni quién pudiera
hacerlo estando encerrado
de un modo tan riguroso,
y de todos ignorado?

Cárlos. Pero cómo se tolera
tal institucion?

Antonio. Ay Cárlos!

Muy débil en sus principios,
fué poco á poco abusando
del mal gobierno, y unido
al despotismo tiránico,
adquirió la suficiente
fuerza para ser mirado

con respeto aun por los Reyes.

Cárlos. Yo estoy muy poco enterado de su origen , pues no siendo los libros que de esto hablaron permitidos , aun lo ignoro.

Antonio. Pues préstame atencion , *Cárlos.*

Desde los mediados siglos de la Iglesia , ya abusaron

algunos de sus ministros de tan superior encargo

en términos , que los pueblos en un grosero error dando,

no creían sus palabras, viendo que los encargados

de ser su mayor apoyo con desprecio los miraron.

De aquí nacieron las sectas heréticas , que negaron

de nuestra divina Fé los misterios mas sagrados.

Los papas indiferentes, y en Alemania ocupados

en buscar lo temporal, y lo eterno despreciando,

se negaron al remedio que los pueblos irritados

justamente reclamaban al mirarse atropellados

por las clases monacales, que sus reglas olvidando,

á mil excesos se entregan. De aquí el origen tomaron

los albigenses que ciegos
 mil errores adoptando,
 y prontos á sacudir
 el yugo, de su letargo
 volver hicieron al papa.

Bien pronto creció el estrago,
 pues Tolosa, Vaud, Bezieres,
 con los de Alvi se juntaron.

Inocencio, de este nombre
 el tercero, fué obligado
 á formar una cruzada,
 de cuyo mando dió el cargo
 á Simon de Monfort, hombre
 ignorante, preocupado,
 que dejándose llevar
 del ciego furor insano

de la intolerancia, á fuego
 y sangre en Tolosa entrando
 y haciendo horribles castigos,
 logró que fuese quemado
 Armand de Brescia, que el gefe
 era de los sublevados.

Desde entónces las pesquisas,
 las de'aciones, los cargos,
 los tormentos, las hogueras
 se hicieron tan ordinarios,
 que lo que con persuasion
 hubiera luego acabado,
 hizo que se exasperasen
 los pueblos, que expatriados
 por España, Italia y Francia
 extendiesen el contagio

de la heregía, y que en estos
países fuesen juzgados
con igual rigor, haciendo
costumbre un modo tan bárbaro,
como el espíritu opuesto
del Evangelio. Fernando
de Aragon se unió despues
con Isabel; sus estados
formaron un solo reino,
y con esta union lograron
echar los moros de España;
pero como aquí quedaron
muchos, que aunque el cristianismo
por ceremonia abrazaron
con exterior de cristianos,
y ademas muchos judíos
mil excesos maquinaron,
se aplicó contra estos mismos
los castigos inventados
contra los sectarios de Alvi.
Entretanto aconsejaron
á Fernando convenia
que se estableciese un Santo
Tribunal que contra hereges
y judíos dedicado,
de nuestra Fé la pureza
tuviese por solo encargo.
Empezó á hacer atropellos,
y al punto se levantaron
contra él Aragon, Valencia,
Sevilla, Córdoba y varios
pueblos de los demas reinos,

provincias y principados; mas la obstinacion del Rey pudo mas que el arrebató de los pueblos ; y por fin se vió el tribunal formado, siendo inquisidor primero Torquemada.

Cárlos. Ya enterado de su origen y progresos. ¿ Es posible haya logrado extender hoy su dominio hasta sobre el hombre honrado, que obediente á los principios del cristianismo, ha observado los misterios de la Fé del modo mas acendrado ?

Antonio. Muy fácilmente se pasa de un extremo á otro ; Cárlos Quinto en Alemania , aquí Primero , acostumbrado al señorío absoluto que los godos practicaron, y que en el Austria regia, vino á España atropellando los derechos de sus pueblos, estos derechos sagrados que de su felicidad son el mas fuerte resguardo. No nos faltaron valientes, que comuneros llamados, y obedeciendo á Padilla, Maldonado y al buen Bravo,

á lo injusto se opusieron;
 mas al cabo derrotados,
 dejaron al español
 de su soberano esclavo.
 De Carlos los sucesores
 fueron príncipes dejados,
 hipócritas y viciosos;
 por lo que necesitando
 de un tribunal que pudiese
 castigar con gran recato
 los que sombra hacer querían
 á su despótico mando,
 la inquisicion escogieron
 por lo tortuoso y tirano
 de su modo de enjuiciar,
 muy propio para estos casos.
 Y aunque en su principio fué
 contra hereges destinado,
 bien pronto hizo castigar
 al honrado ciudadano,
 al ilustrado patriota,
 al historiador sensato,
 al matemático, en fin,
 á cualquiera dedicado
 á esparcir la ilustracion;
 tanto teme el soberano
 déspota, que el pueblo pueda
 reconocer los sagrados
 derechos que le acompañan.
 Desde entónces han faltado
 de España, industria y comercio,
 poblacion, riqueza rango,

ciencias, artes, y dinero;
 y en la ignorancia abismados,
 agoviados de tributos
 cada dia mas pesados,
 han hecho del español
 el mas vil de los esclavos.
 De franco y noble que era antes,
 hoy hecho servil y bajo,
 hasta en la forma del rostro
 el despotismo estamparon,
 infundiendo desconfianza,
 dolor, tristeza y espanto.

Cárlos. Ah! Y cómo de mi patria
 lloro el mal! ¡Cuál traspasado
 mi corazon, reconoce
 en lo que he experimentado
 lo cierto de las razones
 que preferís! Nunca tanto
 daño creí que causase
 este tribunal.

Antonio. Sí, Cárlos.

En él se apoya que el hijo
 delate al padre... El honrado
 esposo puede ser víctima
 del que pretende profano
 poseerle la muger.
 El padre se ve arrancado
 de los brazos de su hija
 por un seductor malvado.
 Una delacion anónima,
 un libro el mas moderado,
 un chisme de una criada,

de un imbécil, de un muchacho,
 (pues aquí todo se aprecia
 siendo delacion) es harto
 motivo para perder
 á un honrado ciudadano.
 Ni el sepulcro librar puede
 de su rigor insensato:
 hasta los muertos castiga,
 aunque sea á los cien años
 despues de morir. Ordena
 contra el derecho sagrado
 el delatarse á sí mismo.
 De perpetua infamia el fallo
 acompaña á sus sentencias,
 séase inocente ó culpado.
 Los horrorosos castigos,
 capaces al mas tirano
 corazon de estremecer,
 en público celebrados
 son con gran solemnidad.
 El inocente es quemado
 entre el festivo estruendo
 de las campanas, y el canto
 de los divinos oficios.
 Esto, anto de Fé es llamado:
 en él se llevan los reos
 vestidos de un modo raro,
 para que ni aun compasion
 nos inspiren al mirarlos.
 Y lo que hay mas que extrañar,
 y prueba lo degradado
 que estuvo nuestro carácter

en los tiempos de que hablo;
 es que nuestros mismos grandes
 siempre tan preocupados
 en favor de su nobleza,
 obtuvieron el mas bajo
 destino de ser ebirros
 para llevar al cadalso
 á los infelices, víctimas
 de un tribunal sanguinario.
 Sabe ademas, que los miembros
 de que suele estar formado
 este tribunal, son todos
 ignorantes, preocupados,
 hipócritas y viciosos.

Dicen que hay brujas, que hay pactos
 con los demonios, y forman
 causa sobre si ha volado
 un hombre: ni aun conocen
 el idioma castellano,
 pues en sus edictos usan
 un language tan extraño
 como lo es su proceder.

De los tormentos que ha usado.....

Cárlos. Tened, que las puertas abren,
 no sea que escuchen algo,
 y por ello demos causa
 á que egerzan su tirano
 dominio sobre nosotros;
 aunque yo creo que es vano
 este temor, pues de aquí
 salgamos bien castigados;
 si buenos, por inocentes;

y si malos , por culpados.

Salen los ministros.

Ministro 1. Vos , señor , venid conmigo
A D. Antonio.

á declarar. Entre tanto

á D. Cárlos conducid

á su calabozo. Vamos.

Cárlos. A Dios , á Dios , padre mio.

Antonio. A Dios , mi querido Cárlos.

Sale el segundo Ministro de donde estaba escondido.

Ministro 2. Ahora parte voy á dar
de todo cuanto han hablado,
porque me parece justo,
y al tribunal arreglado.

ACTO CUARTO.

Salon subterráneo , que deberá estar en un todo arreglado á la lámina.

El Inquisidor y D. Miguel.

Miguel. Con mucho fervor tomáis esta causa.

Inquisidor. Sí, que osado al respeto nos faltó, y ningun reo me ha hablado nunca con mas libertad. Las máximas que ha mostrado son y han sido muy nocivas, y en los tiempos apurados en que estamos, mucho mas; y así hoy mismo condenado por mi parte ha de quedar. ¡ Si supierais el malvado, qué discursos ha tenido en su prision con D. Carlos ! Esto no es de tolerar.

Miguel. Bien merece que empleado sea el celo mas activo, pues estamos encargados de la causa del Señor.

Inquisidor. Tambien á ello me ha obligado otra consideracion, y es que segun me han contado

en Madrid hay movimientos
y en las tropas que ha juntado
en Ocaña Labisbal,
al Rey casi han obligado
á ceder.

Miguel. ¡Cómo! ¿es posible?

Inquisidor. Y tanto. No hay que dudarlo,
la noticia es segura: de una
hora á otra esperando
estoy un fatal suceso.

Miguel. Mas preciso es resolvamos
algun medio que nos libre
del golpe que amenazando
nuestras cabezas está.

Inquisidor. Yo medito sin escándalo
partir esta misma noche,
y de Portugal ganando
la frontera... Con vos cuento.

Miguel. Siempre me vereis al lado
vuestro, pronto á propagar
con un celo extraordinario
de la Religion de Cristo
la pureza. Ya embargados
en esta misma mañana
todos los bienes quedaron
de aquel difunto habanero;
su hijo que no ha sospechado
la tormenta, no ha podido
poner su dinero en salvo;
así es que todo se halló
en especie, y de cambio
billetes algunos hay.

Inquisidor. Pues en virtud del sagrado
derecho del Santo Oficio
los bienes del declarado
incurso, en justo castigo
les quedan adjudicados.
Tomad letra sobre Lóndres.

Miguel. Dejad eso á mi cuidado:
fue una precaucion la mia
muy á tiempo y muy del caso.
¿Qué seria de nosotros,
pobres, tristes, expatriados,
aborrecidos de todos,
perseguidos y juzgados?
Porque preveo que estas cosas
que habemos desempeñado
como crímenes nefandos
mirarán los liberales,
si es que nuestro Soberano
cediendo á las circunstancias
jura el Código sagrado,
como ellos dicen.

Inquisidor. Yo creo,
que esto será momentáneo,
y que antes de quince dias
los pueblos atropellados
viendo del Rey los derechos,
tratarán de vindicarios.

Miguel. Dios lo quiera : yo me temo
que suceda lo contrario;
pero ya el reo se acerca.
No sé lo que está pasando (*aparte*
en mi interior, que al mirar

A este hombre , quedo temblando

El Inquisidor y D. Miguel ocupan los respectivos asientos ; y varios ministros enmascarados conducen á D. Antonio.

Inquisidor. Llega de la penitencia
al Tribunal Sacro-santo:
Vuelve , oveja descarriada,
de tu Pastor al rebaño,
reconoce el alto juicio
del Señor : él los arcanos
penetra, nada hay oculto;
él vé tu pecho manchado
con los delitos que encubre.
¿ Y por qué con celo insano
querrás ocultar del juez,
que le está representando
en este Santo lugar,
lo que de un Dios irritado
no puedes encubrir? Vuelve,
ó pecador obstinado...
al sendero que te muestra
tu Redentor , y agitado
del dulce arrepentimiento
confiesa , y quedarás salvo.

Antonio. ¿ Qué mal dice la dulzura
que tu intencion disfrazando
va con esos horrorosos
instrumentos que mirando
estoy ! ¿ Qué poco convienen

del Cordero immaculado
 la mansedumbre y bondad,
 con los aprestos tiranos
 que á mi vista presentais!
 Bien podeis á un sér humano
 aterrar de esta manera,
 porque de cuerpo dotado,
 débil y al dolor sujeto
 teme verse atormentado:
 mas el alma, esa sublime
 parte de Dios, si ha observado
 sus sacro-santos preceptos,
 mira sin horror ni espanto
 los medios que un falso celo
 por principios ignorados
 ha podido sugerir
 á una tropa de fanáticos.

Inquisidor. Moderad la torpe lengua,
 y sino mandaré echaros
 una mordaza. Jamás
 estas bóvedas sonaron
 con el eco de expresiones
 tan opuestas al sagrado
 espíritu de la Fé,
 que rendidos profesamos;
 pero el celo me enagena,
 perdona, si arrebatado
 pude olvidar la dulzura
 conque debes ser tratado.
 Confíese, que aun le concede
 el Señor un corto espacio
 para el arrepentimiento.

Antonio. Siempre esta el camino franco
 para volver al Señor:
 por lo demas , es en vano
 me requirais. Nada sé:
 preguntad á un ser ingrato,
 á un monstruo que en esta sala
 está, lo que haya observado
 en mi conducta , que bien
 de cerca ha experimentado;
 y él os podrá referir,
 cuantos crímenes nefando
 me vió cometer. Si atiende
 á los efectos humanos,
 uno solo he cometido,
 que fué educar á un malvado
 para que de la inocencia
 fuese azote declarado;
 mas Dios que vé mi intencion,
 y para quien no hay engaño,
 aprueba mi buena obra
 y sabe que si él osado
 ha seguido otros principios,
 no son los que le he enseñado.

Inquisidor. No entiendo lo que decís.

Antonio. No falta quien aplicarlo
 podrá.

Inquisidor. ¿En fin , que os obstinaís
 en negar? ¿qué será vano
 todo lo que la dulzura
 en favor vuestro me ha hablado ?

Antonio. Ya lo he dicho.

Inquisidor. Pues ahora

que inconfeso y obstinado
estás, sabrás los delitos
por lo que estás procesado.

Leyendo.

Atended: primeramente,
vos habeis facilitado
á vuestra hija un mancebo,
con el que en odiosos tratos
vivía á sabiendas vuestras;
en sus impúdicos actos
os complaciais.....

Antonio. Dios mio !

¡Y es posible que un malvado
calumniador tal invente
de la venganza guiado !
Justifíquese ese punto;
yo me ofrezco refutarlo
por cuantos medios querais.

Inquisidor. Ya, ya está justificado.

Antonio. Es imposible.

Inquisidor. Silencio.

Segundo: estais acusado
y convicto, por las pruebas
y testigos de que osado
la práctica de la Santa
Religion que profesamos
á vuestros criados habeis
prohibido.

Antonio. Tambien falso:

ellos depondrán al punto.

Inquisidor. No hace falta: comprobado
tambien está. Es el tercero,

que de obra habeis maltratado
á diferentes ministros
del altar, con grande escándalo...

Antonio. Ya conozco en esa parte
la intriga en que estoy mezclado.
Levántese el ofendido:
justifique si es osado
el crimen que se me imputa,
él está aquí: sí, miradlo.

*Señalando á D. Miguel, que manifiesta
turbacion.*

Convénceme. ¿Qué te aterrará?

¿No estás aquí rodeado
de los ministros que sirven
á tus odiosos encargos?

Habla: sostén la denuncia:
pues conozco por los cargos
que solo un hombre tan vil
como tú, pudo formarlos.

Vedle, vedle confundido,
pálido, incierto, temblando.

Hé ahí el crimen.

Inquisidor. ¿Qué protervia!

¿Qué insolente desacato!

La turbacion nada prueba
en tu favor. Los malvados
sorprenden al hombre bueno,
encogido y timorato,
con su petulancia. Presta
tu silencio al cuarto cargo.

Conservais en vuestra casa
libros torpes y profanos
prohibidos justamente
por el recto y sacrosanto
Tribunal de la suprema....

Antonio. Eso no debo negarlo,
un egemplar conservé
de aquel Código sagrado
que la Nacion reunida
en Córtes formó : mirado
por los buenos como apoyo
de la sociedad , amparo
del pobre , de nuestra dicha
el manantial soberano :
mas este crimen , señor,
si puede serlo en lo humano,
para con Dios no me inquieta.
Vanas razones de estado,
preocupacion ignorante,
intrigas de cortesanos,
pudieron hacer prohibirle:
pero todo será en vano
contra el Señor, que los pueblos
á los Reyes sugetando
quisiesen de sus derechos
tener un justo resguardo;
porque la Constitucion,
aunque en silencio , ha reinado,
y reinará eternamente
en los buenos ciudananos,
á pesar de Inquisicion,
de presidios y cadalsos.

Inquisidor. Una mordaza al momento le poned: y pues reacio

Se la ponen.

niega los primeros puntos, que tan bien justificados están, vea los tormentos que se tienen preparados, por si su vista le obliga penitente confesarlos.

Los ministros despues de ponerle la mordaza, le llevan conduciendo à cada uno de los tormentos.

Ministro 1. Este Santo Tribunal emplea con los malvados, que se obstinan en negar, cuatro tormentos, llamados del aire, agua, fuego y tierra, para mostrar que criados los elementos del hombre cristiano, para el regalo, para el herege ó el réprobo en castigo se han tornado. Este es del aire, ó la cuerda: con esta que ves colgando de esa garrucha tan alta se atan del reo los brazos y la espalda, se le eleva del otro extremo tirando de la cuerda, y quando está doce varas levantado

sobre el suelo , de repente se suelta ; así es que bajando con rapidez hasta un pié del piso , desconcertados quedan los brazos , haciendo sufrir al reo extremados dolores. Si aun no declara se repite tres ó cuatro veces la misma bajada. Este ataud , colocado en ese banco y sin fondo de esta barra atravesado de hierro , y que se abre ó cierra á discrecion , destinado está al tormento del agua: atado de pies y manos se coloca en él al reo de modo que el espinazo se apoye sobre esa barra, y despues se le va dando agua templada, con este instrumento preparado á que por fuerza la trague: el estómago cargado de agua caliente, produce náuseas, con extremados movimientos, con los cuales se le quiebra el espinazo contra la barra de hierro. El tormento designado con el título de fuego en esta hoguera mirando

estás: con sebo ó manteca se le untan al condenado los pies, y despues al fuego se le aproxima por grados hasta entrarlos en la hoguera; con la grasa con que untados están los pies, se le queman, de modo que desmayados suelen quedar muchos reos. Este tormento es el cuarto dicho de la tierra. Solo se usa con los destinados á morir. Se les empotra en ese nicho formado en el espesor del muro, que estando solo arreglado para contener un cuerpo sin moverse á ningun lado, se cierra con esta puerta; y para hacer mas amargo su sentir, de un cubo de agua que hay encima, va filtrando gota á gota, que cayendo sobre el cerebro, va dando fin del criminal. Aun hay mas tormentos, llamados de la péndola, del potro, del azote y otros varios, y para que no se oigan los quejidos extremados en que prorrumpe el paciente, este cuarto colocado

está en el centro de todo.
 El edificio rodeado
 de gruesos muros de piedra,
 sin mas ventana ni claro
 que la puerta. La escalera
 de caracoles cruzados
 llena de tortuosidades,
 impide el que desde lo alto
 se oiga lo que pasa aquí:
 oh! los del Santo Tribunal
 todos son buenos cristianos.

Inquisidor. Ahora que estás enterado
 de la suerte que te espera
 si continuas negando,
 mira si declarar quieres.

Le quitan la mordaza.

Antonio. A todo estoy resignado.
 Mas estos tormentos suelen
 arrancar con extremados
 dolores al inocente
 la confesion de mil falsos
 crímenes, que cometer
 ni siquiera habrá pensado.
 Así yo desde este instante
 protesto que me retracto
 de cuanto el dolor pudiera
 hacerme que trastornado
 declarase.

Inquisidor. ¿Qué no hay medio
 de que cedas?

Antonio. Es en vano:
 Yo no puedo confesar

delitos imaginarios.

Dios ampare mi inocencia.

Inquisidor. Este tribunal humano
y lleno de caridad
cristiana, ves que ha apurado
los medios de la blandura;
jamás podrás acusarlo
de vengativo y cruel.
De su bondad abusando
has ofendido la causa
del Señor: has insultado
á sus ministros, sus leyes
mas santas atropellando.
Así yo cumpliendo ahora
con mi superior encargo,
vengando de Dios la ofensa
por herege te declaro,
y al tormento de la cuerda
te sujeto, é invocando
todos á una voz de Cristo
el dulce nombre, digamos:
*Exurge Domine et judica
causam tuam.* Id, atadlo.

Antonio. Señor, á tí me encomiendo,
á tí que eres el árbitro
de los hombres, y estás viendo
cuáles son aquí culpados
respetando tus decretos
yo me someto humillado
á tu santa voluntad.

*Le atan de los brazos á la espalda
con su cuerda de la polea.*

Piedad, Señor...

Se hace sentir un ruido sordo.

Inquisidor. Llévalo.

*Al ir los ministros á egecutar la accion
gritan à lo lejos.*

Dentro. Viva la Constitucion!

Otros. Viva el Rey que la jurado!

*Los ministros se retiran al fondo del
teatro poseidos de la sorpresa. D. Mi-
guel y el Inquisidor se demuestran
consternados.*

Inquisidor. Qué es esto?

Antonio. Ah! (Cae desmayado.

Miguel. Gran novedad!

*El ruido se va aproximando progresi-
vamente hasta el fin de esta es-
cena.*

*Ministro 1. Mucho pueblo amotinado
rompe las puertas y baja.*

Miguel. ¡Qué horror!

Inquisidor. D. Miguel, salgamos.

Dentro. Libertad, libertad.

Otros. Pronto

romped las puertas, soldados;

viva la Constitucion!

Otros. Viva el pueblo soberano!

Inquisidor. Ya es imposible escapar
pues la escalera tomaron.

Ministro 1. Que bajan.

Miguel. Perdidos somos.

Salen el Gobernador , Cárlos , Matilde , soldados con hachas y pueblo.

Todos. Qué horror!

Cárlos. Padre !

Al ver à D. Antonio en el suelo , acuden todos à socorrerle , lo desatan y conducen al medio de la escena con el más vivo interés.

Matilde. Padre amado!

Cárlos. Ah! Infernales asesinos!

Dirigiéndose à los ministros.

¿ha muerto?

Gobernador. No : recobrando
va los sentidos que habia
rendido á un fatal desmayo.

Antonio. Qué veo!... Cielos!... Hijos míos!

Matilde. Padre !

Cárlos. Oh dia afortunado!

*¿restituyes la dicha
á unos seres desgraciados,
á quien ese tribunal
tenia ya destinados
á eterno sufrir.*

Antonio. Ahora , hijos,

nuestro deber mas sagrado
es dar gracias al Señor.

Gobernador. Decid, ese es el malvado

Señalando à D. Miguel.

que por venganza os sumió
à Carlos.

en el horroroso caos
donde os encontré? ; es aquel

A Matilde.

el que ha permitido osado
burlarse de vuestro honor
esta noche, violándoos
en el calabozo obscuro,
al que os arrastró? ; El ingrato
que atropelló la inocencia

A Carlos.

de este venerable anciano
su apoyo y su protector?...

Tiembla el castigo, inhumano,
que te se prepara. Y vos,

Inquisidor, que abusado
habeis de ese ministerio

que por desgracia creado
fue de España la ruina,

temblad tambien: el sagrado
Código, que nuestro Rey

al cabo desengañado
juró voluntariamente,

echó á tierra este nefando
tribunal. Ya el inocente

podrá vivir descansado,
sin temor que le sorprendan;

ya nunca será juzgado
ninguno secretamente;
conocerá en todo caso
el delator, los testigos,
y no se verá injuriado
por su juez. No, el delincuente
no ha de ser vituperado,
pero sí compadecido.

Ya no egercereis mas actos
de despótico poder,
y de Dios el sacro-santo
nombre, de que así abusasteis,
no se verá profanado
para apoyar la injusticia
y el crimen. El ciudadano
español será feliz,
y las ciencias cultivando,
sin temor que su talento
y estudio le atraigan daños;
nuevo resorte á la industria
dará: destruid, soldados,
esos torpes instrumentos
del fanatismo. Ignorados
queden por siempre en honor
de la Nacion. Ciudadanos,
la piedra fundamental
de nuestra dicha encontramos
en la Constitucion. Sí:
Ya veis los terribles daños
que ocasionó su destierro;
ya veis de nuestros tiranos
la crueldad. Distinguid

